

Efraín Huerta:  
**La muchacha ebria**  
y otra razón de amor

José Francisco Conde Ortega



Fotografía: Rogelio Cuéllar

EN 1944 EFRAÍN HUERTA PUBLICA *Los hombres del alba*, primera obra maestra poética de su generación que, además, abre nuevos cauces a la poesía mexicana. La maduración de la herencia literaria, desde la tradición hasta los hallazgos de las vanguardias, encuentra en este libro una ruta certera y una expresión novedosa a partir de la asunción de una ética resuelta en una estética inviolable y en un espacio vital compartido y compartible. Es decir, el compromiso de vivir en un aquí y un ahora que no admite concesiones, y el respeto a un oficio exigente que, en la lengua heredada, ofrece su visión del mundo en un discurso poético centrado en la sinceridad y en la ardua decantación de las posibilidades del idioma.

El aquí y el ahora de Huerta encuentran un escenario esencial en la ciudad de México. Esta ardorosamente amada ciudad, que seguimos mirando con asombro en este todavía nuevo siglo, ya había sido pretexto literario de Francisco Cervantes de Salazar (*México en 1554*) y Bernardo de Balbuena (*La Grandeza Mexicana*) para explicar circunstancias epocales, como la gratitud del ocio en la naciente colonia española o la necesidad de conformar una nueva realidad. Aun Manuel Gutiérrez Nájera, en el caminar de la duquesita por Plateros, ensalza un “estar bien” en ese espacio placentero. Es posible que la ciudad que vieron Juan Díaz Covarrubias (*El diablo en México*) y Guillermo Prieto tenga más apego a la realidad de todos los días, con la gente que ejerce, sin remedio, el heroísmo cotidiano de vivir.

La ciudad de México por la que Efraín Huerta levanta la voz es ésta, crisol de la compleja realidad del país y centro de un andamiaje social inmerso en la injusticia. La posición de Huerta es ética porque, sin disfraces, carga de ideología un discurso amoroso que, estéticamente, es un canto trovadoresco, como el de un caballero andante que convierte a la ciudad en la dama-objeto de los afanes del amor sin condiciones del que sólo es capaz un “fiel de amor”. Ética y estética como las dos caras de una misma moneda. *Los hombres...* es la manifestación insobornable de una visión del mundo y expresión lírica en la que el ritmo del poema es libre y ajustado a las necesidades del discurso. La selección de vocablos es profusa y esclarecedora, la metaforización descubre nuevas aristas de la realidad y la utilización del adjetivo indaga, corroe, matiza e ilumina al sustantivo.

Si la ciudad de México es esa dama-objeto a la que el poeta dedica su delirio amoroso, y como mujer es plena de vida, sangre, sudores y erotismo en cada poro de su piel —su accidentada geografía—, Efraín Huerta, moderno caballero andante, tiene que fundar su orden de caballería: la de “los hombres del alba”, los que tienen como insignia en el pecho “un perro enloquecido”. Y estos caballeros son los que, por necesidades de la orden, tienen que ver la primera luz de la mañana antes que nadie: el obrero, el oficinista, el albañil, el alcohólico, el comerciante, el ladrón, el amante furtivo... Y cumplen, cuando menos, una de las reglas de la orden: el amor es un estado de gracia que ennoblece.

En esta corte de amor en la que los caballeros de la orden de *Los hombres del alba* cumplen con los requisitos de suspirantes, suplicantes, oyentes y amantes, “La muchacha ebria” es un poema central y emblemático. Heredero consciente de su tradición literaria, Efraín Huerta actualiza los tópicos de la historia libresca, les confiere actualidad y renovado vigor. Así, “La muchacha ebria” participa de la ancestral costumbre de los brindis y se cruza con un poema del siglo XIII. Inclusive, justamente por referirse a un episodio erótico-cabaretero, tiene más de un punto de contacto con *El banquete* platónico. Bastaría recordar que los discursos a propósito del amor de los participantes se dan cuando, éstos, después del convivio, por curarse la cruda se vuelven a embriagar.

La costumbre de los brindis es muy antigua. Los griegos de la época preclásica, cuando ofrecían sacrificios a los dioses, regaban la carne de los animales inmolados y la tierra con vino mientras formulaban piezas rituales. Más adelante, en Anacreonte, Marcial y la poesía goliárdica se encuentran poemas báquicos donde están presentes algunos de los motivos actuales: el elogio del vino y sus propiedades, la celebración, los buenos deseos; y no pocas veces hay cierto tono humorístico. Durante la Edad Media se dan hasta juegos paródicos de latines y poemas litúrgicos. En el Siglo de Oro es frecuente en todos los poetas. Es tal su vigor que ha pasado a formar parte de la vida cotidiana y el folclor. Pero es en el siglo XIX cuando la sensibilidad romántica le otorga nuevas connotaciones. En México es habitual que el brindis del poeta, señalado por la bohemia y afanes de reivindicación social, le dedique sus brindis a una prostituta quimérica, flor manchada por el fango y en espera de su redención.

“La muchacha ebria” comparte esta historia. Pero va más allá. Desde su ilustre antecedente en el siglo XIII, hasta el elevado tono lírico de Huerta, lo que le otorga dignidad poética y motivo para gozosas y renovadas celebraciones al poema, es un ritual del placer, del más sincero amor que, en su condición transitoria, no necesita subterfugios ni promesas. Sin culpas, florece y se extingue en el momento justo. No se debe olvidar que la idea del amor en Occidente finca sus raíces en el “amor cortés”. Y que esta noción surge por la necesidad imperiosa de la guerra en la Edad Media. El campo de batalla requería de todos los esfuerzos. El castillo quedaba prácticamente



solo. Únicamente unos cuantos vasallos, las damas de la corte y los trovadores permanecían en él. Y tenían que ocupar el largo tiempo del ocio con el dulce compromiso de las cortes de amor. Por eso éste es adúltero.

*Razón de amor con los denuestos del agua y del vino*, *Razón de amor*, *Razón feita d'amor* o *Siesta de abril* son los nombres con los que se conoce un poema de principios del siglo XIII (1205) firmado por Lope de Moros. De éste no se sabe prácticamente nada. Inclusive, todavía se discute si es el autor o nada más un copista. El poema está escrito en aragonés con irrupciones de voces castellanas y mozárabes; o, lo que es lo mismo, en una lengua en transición, como las jarchas y las cancioncillas de amigo. Está constituido por dos partes tan diferenciadas que parecen no tener relación. La primera es propiamente una razón de amor, pues hay un encuentro amoroso que surge como consecuencia de aquélla; la segunda, un combate entre el agua y el vino.

En la primera parte, un narrador, quien se declara letrado, da cuenta cómo, cuando se encuentra durmiendo una siesta en un apacible huerto de manzanas (*locus amoenus*), que luego será de granados, ve un vaso de vino y otro de agua, colocados por la dama para agasajar a su amado. Éste bebe del agua, que contiene propiedades mágicas, y aparece una doncella que canta penas de amor. Los dos enamorados se reconocen como tales mediante prendas de amor, lo cual es un motivo habitual en el código del amor cortés. De inmediato se produce el encuentro amoroso y la separación consiguiente con la llegada del alba. Al final aparece una paloma que vierte el vaso de agua en el del vino.

En la segunda parte aparece el motivo del debate de la poesía medieval. El agua contiene con el vino. Cada uno arguye sus razones para demostrar su superioridad. El vino exalta su nobleza, por la que es utilizado en la eucaristía; el agua, su pureza, por la que es bendecida y se usa para el bautismo. El poema termina cuando el poeta pide como premio un vaso de vino (“mi razón aquí la fino/ a mandar nos dar vino”), como Gonzalo de Berceo cuando escribe sus vidas de santos en “roman paladino”. La justificación simbólica

es sencilla. El agua representa al amor puro; el vino, al amor sensual. La paloma, al mezclarlos, une la castidad con la lujuria.

En “La muchacha ebria”, Efraín Huerta consigue un ardoroso cruce lírico entre la poesía goliárdica, el *Banquete* platónico y *Razón de amor*; actualiza los tópicos y revitaliza los motivos; apela al brindis como un homenaje lúdicamente dolorido al objeto amado en su condición transitoria, y honra la orden a la que pertenece como “un cumplido caballero”, para citar a Carlos Illescas, quien seguramente fue un miembro destacado de “Los hombres del alba”. El poema, así, convierte la siesta propiciatoria en un *locus amoenus*, en vigilia durante una noche necesaria en un *locus ludicus*. Y éste ya no es un huerto apacible de manzanos o granados: se ha convertido en el espacio de esas cortes de amor que, posiblemente, para los timoratos y pusilánimes podría significar pretexto para el vicio y la concupiscencia.

El poema comienza situando al lector en ese *locus ludicus* durante una ardua noche:

Este lánguido caer en brazos de una desconocida,  
esta brutal tarea de pisotear mariposas y sombras  
y cadáveres;  
este pensarse árbol, botella o chorro de alcohol,  
huella de pie dormido, navaja verde o negra;  
este instante durísimo en que una muchacha grita,  
gesticula y sueña por una virtud que nunca fue la  
suya.

Es la noche y el encuentro con la amada. Luego, el poeta se presenta, aunque no presume de letrado. Antes bien, es versado en ese arte que es la vida; en ese dominio que exige el corazón templado y el ánimo dispuesto a todos los heroísmos:

Todo esto no es sino la noche,  
sino la noche grávida de sangre y leche,  
de niños que se asfixian,  
mujeres carbonizadas  
y varones morenos de soledad  
y misterioso, sofocante desgaste.  
Sino la noche de la muchacha ebria

cuyos gritos de rabia y melancolía  
me hirieron como el llanto purísimo,  
como las náuseas y el rencor,  
como el abandono y la voz de las mendigas.

Y es en este territorio de innumerables sueños despedazados, aunque siempre se sabe que el alba siempre llega, donde el poeta toma su tiempo, se detiene y comparte una visión, asaz desesperanzada, del amor. Como si fuera uno más de los participantes en el convivio platónico, modula la voz y ofrece sus consideraciones acerca de ese sentimiento que desgasta y ennoblece, que inquieta porque permite vislumbrar una razón:

Lo triste es este llanto, amigos, hecho de vidrio molido  
y fúnebres gardenias despedazadas en el umbral de las cantinas,  
llanto y sudor molidos, en que hombres desnudos, con  
sólo negra barba  
y feas manos de miel se bañan sin angustia, sin tristeza:  
llanto ebrio, lágrimas de claveles, de tabernas enmohecidas,  
de la muchacha que se embriaga sin tedio ni pesadumbre.

Y qué triste parece esta difícil razón de amor. No se dice, no se menciona. No hace falta. En los versos que siguen, la muchacha, como en *Razón de amor*, entrega las prendas que son, al mismo tiempo, carne y símbolo entrelazados:

de la muchacha que una noche —y era una santa noche—  
me entregara su corazón derretido,  
sus manos de agua caliente, césped, seda,  
sus pensamientos tan parecidos a pájaros muertos,  
sus torpes arrebatos de ternura,  
su boca que sabía a taza mordida por dientes de borrachos,  
su pecho suave como una mejilla con fiebre,

y sus brazos y piernas con tatuajes,  
y su naciente tuberculosis,  
y su dormido sexo de orquídea martirizada.

Como en un momento de recóndita alegría, en este momento los tópicos se encuentran y se actualizan. El símbolo de la paloma se convierte en esa boca “como taza mordida por dientes de borrachos”. Y mezcla el vino y el agua. Y la pureza del corazón y la sensualidad constituyen un código inviolable. Por eso las palabras finales son encomiásticas. El brindis ritual es, de este modo, la certidumbre del valor y de la generosa condición de los caballeros de la orden:

Ah la muchacha ebria, la muchacha del sonreír estúpido  
y la generosidad en la punta de los dedos,  
la muchacha de la confiada, inefable ternura para un hombre,  
como yo, escapado apenas de la violencia amorosa.  
Este tierno recuerdo siempre será una lámpara frente a mis ojos,  
una fecha sangrienta y abatida.  
¡Por la muchacha ebria, amigos míos!

Efraín Huerta ha construido un código inviolable en otra corte de amor. Y supo decantar esa “razón de amor”, actualizándola, que los caballeros andantes, trovadores y goliardos legaron a Occidente. Así, la voluntaria y dulce servidumbre ante la dama es condición del caballero; disponer los sentidos para deslumbrarse ante su belleza, una gozosa obligación; entregar el corazón entero —aunque la entrega dure un solo instante—, el único destino posible. Y compartió, con otros caballeros de todos los tiempos, que en estas cortes de amor no puede haber dudas ni retrocesos. Por eso supo siempre que, como Alí Chumacero, “hay que ir con unción a la taberna”; y que, como Rubén Bonifaz Nuño, también hay que saber decir “de otro modo lo mismo”. Finalmente, entendió, con Baudelaire, que el objeto amado es, a un tiempo, “ángel de la guarda, musa y señora”. 